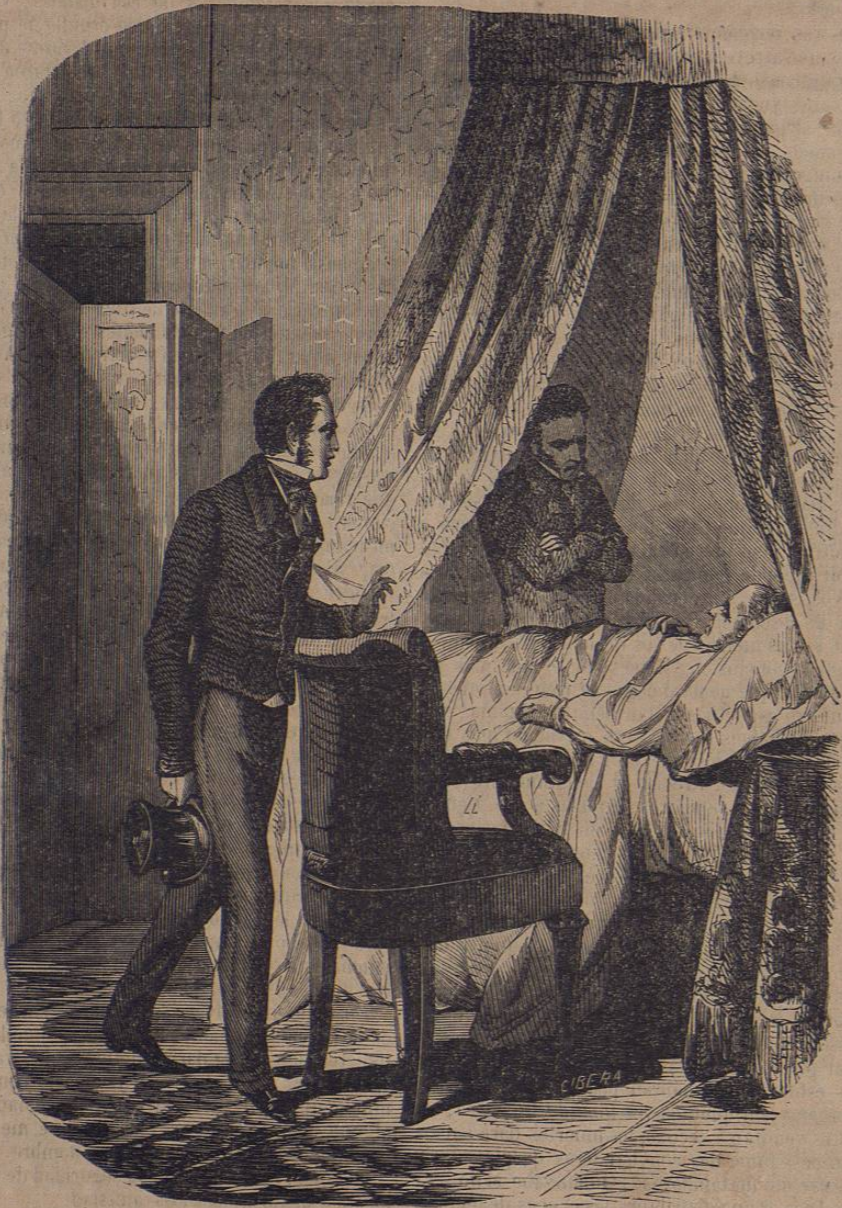


por un delito imaginario y en virtud de una legislación igualmente imaginaria, porque el jurado me ha absuelto á sabiendas, en vista de la acusación mas fundada y con arreglo á una defensa que lejos de atenuar mi crimen de verdad, lo habia agravado erigiéndolo en derecho adquirido para toda la prensa de la oposición. Me considero dichoso en que las dificultades de una tesis tan atrevida para el tiempo presente, os ha-

yan parecido casi superadas por la defensa que habeis leído, y en la cual me ha sido tan provechoso el invocar la autoridad del libro con que hace diez y ocho años estais enseñando á vuestro partido los principios de la responsabilidad constitucional.

Algunas veces me pregunto con tristeza de qué habrán servido libros tales como ese vuestro, tales, señor mio, como los de los hombres mas eminentes de



M. DE CHATEAUBRIAND Y CARLOS X EN BUSCHIRAD (BOLOGNA).

a opinión á que yo mismo pertenezco. Sí, ¿de qué sirve el haberse puesto de acuerdo las mas altas inteligencias del país en la constante defensa del derecho de discusión, si no resulta por fin en favor de la opinión general una resolución tomada para lo sucesivo de querer bajo todos los sistemas, de exigir de todos los partidos victoriosos, cualesquiera que sean, la libertad de pensar, de hablar y de escribir, como condición primera de toda autoridad legítimamente ejercida? No es verdad, señor mio que cuando bajo el último gobierno pedisteis la mas entera libertad de discusión, no era para el beneficio momentáneo que vuestros amigos políticos podían sacar de la oposición

contra sus adversarios que habian llegado á apoderarse de la situación? Así lo han demostrado algunos de los que en aquel tiempo se servían de la prensa; pero vos pediais la libertad de discusión, como un bien comun, como un arma y protección general de todas las ideas antiguas y modernas, y eso, señor mio, os ha granjeado la gratitud y respetos de las opiniones, á que la revolución de julio ha abierto nuevo palenque. Por eso nuestra obra tiene afinidades con la vuestra, y por eso cuando citamos vuestros escritos es menos como admiradores del incomparable talento que los ha producido, que como aspirando á proseguir de lejos la misma empresa, á manera de jóvenes soldados de

una causa de la que sois el veterano mas glorioso. Lo que desde hace treinta años habeis manifestado querer, señor mio, lo que yo quisiera, si me es lícito citar mi nombre despues del vuestro, es asegurar á los intereses que dividen á nuestra hermosa Francia una ley de combate mas humana, mas civilizada, mas fraternal, mas decisiva que la guerra civil, y solo la discusión es la que puede destronar á esta. ¿Cuándo conseguiremos poner en presencia las ideas en lugar de los partidos, los intereses legítimos y reconocidos en vez de las hipocresías del egoísmo y la ambición? ¿Cuándo veremos realizarse por medio de la persuasión y la palabra esas inevitables transacciones, que el duelo de los partidos y la efusión de sangre producen al fin, pero por causancio, y tarde para los nuestros de ambos campos, y que con frecuencia no llegan

tampoco á tiempo ni para los heridos, ni para los que han sobrevivido al combate? Ciertamente es, señor mio, que parece, como vos lo decís con amargura, que se han desperdiciado muchas enseñanzas y que ya no se sabe en Francia lo que cuesta el refugiarse bajo un despotismo que promete silencio y reposo. No por eso se debe desistir de hablar y de escribir; inesperados recursos salen á veces de la constancia. Así es, señor mio, que entre la multitud de hermosos ejemplos que me habeis dado, el que mas constantemente tengo á la vista puede cifrarse en esta sola palabra: *Perseverad*.

Dignaos aceptar, señor mio, el inalterable afecto con que tengo la dicha de ofrecerme, Vuestro mas apasionado servidor.

A. CARREL.

POLEMICA.

Paris 25 mayo 1819.

Las cámaras han aprobado los tres proyectos de ley acerca de la libertad de la prensa; dos de ellos han recibido ya la sanción real y el tercero estará tal vez sancionado en el momento que estamos escribiendo el presente artículo. Ha parecido conveniente acelerar la publicación de esta entrega XXXVI del *Conservador* para imponer silencio á los diversos rumores que circulaban acerca de esta obra.

El *Conservador* no cambiará de forma en cosa alguna; bajo la nueva legislación seguirá siendo lo que era en la anterior. Dará sus fianzas como obra semi-periódica y para el efecto ha comprado ya papel del Estado que representa la cantidad exigida por la ley.

El baron Trouvé, hombre distinguido por su carácter, por su buen comportamiento durante los Cien Días y por sus talentos administrativos y literarios, va á ser editor responsable del *Conservador*. Todas las personas que se hacen un deber de concurrir al sostenimiento de esta publicación seguirán hablando en esta tribuna política de los realistas. Es mucho lo que esas personas aman á su país para que no traten de dar cabo al bien que bajo tan buenos auspicios han principiado á hacer, y por consiguiente no dejarán de hacer el sacrificio de su tranquilidad hasta que consideren que ya no es necesario. Vivamente afectados de la honrosa solicitud con que la opinión sana de la Francia ha contestado á su llamamiento, nunca la abandonarán, hallándose por el contrario siempre dispuestos á defender la religión, el trono y las libertades públicas.

Lejos, pues, de disolverse y desmembrarse como algunos se complacían en decirlo, el *Conservador* se organiza y adquiere nueva estabilidad. Algunas veces hemos hablado del bien que ha hecho; debemos seguir ocupándonos de esa materia en objeto de patentizar cual será ahora su tarea en medio de los periódicos que han conseguido ser libres.

Téngase presente la época en que el *Conservador* apareció durante el año último; los periódicos realistas se veían oprimidos por la censura; los de la oposición, si bien no se libraban tampoco de ella, gozaban algo mas de libertad. Los principios religiosos y morales, y las cosas y los hombres de la monarquía eran diariamente atacados. Ninguna refutación era posible, ó por lo menos eran tales las restricciones que la censura ponía á la contestación, que lo mejor que podía hacerse era callar. Por otra parte, las publicaciones semi-periódicas, libres de toda traba derramaban toda clase de venenos. Había publicaciones de esa especie para todas las clases de la sociedad, y para todos los

géneros de calumnia, y causaban á la Francia el mismo mal que la *Correspondencia privada* causaba á la Europa. Se habia incurrido en la debilidad de temerla; los necios aplaudían, los pusilánimes temblaban, y los pícaros se regocijaban: un puñado de hombres que se llamaban partido pretendía representar la opinión del país y por una deplorable anomalía no faltaba quien solicitase su alianza.

En medio de esa crisis se estableció la asociación del *Conservador*. Los que concibieron esa idea creen haber merecido bien de su patria. Han demostrado que con la constancia y la firmeza se pueden conseguir grandes resultados por pequeños que sean los medios que se pongan en juego. Hasta los mismos enemigos se ven obligados á reconocer nuevas victorias, y confesar las oportunas modificaciones producidas por el *Conservador*. La prensa revolucionaria va en retirada; le hemos hecho abandonar todas sus posiciones. Hemos inspirado aliento á los hombres de bien; en lo exterior hemos dado un golpe mortal á la *Correspondencia privada*, y el *Conservador* traducido en todos los idiomas, leído en todos los países y reimpresso en Suiza ha servido tanto para el desengaño de Europa, como para la ilustración de Francia.

Finalmente, ha producido un bien forzando la mano de los ministros á firmar la libertad de la imprenta.

Cuando estos han visto que ya no les era posible encadenar la opinión realista, y que otros periódicos se iban organizando á la sombra del *Conservador*, han abandonado la censura.

No hemos nunca cambiado de opinión por lo tocante á la necesidad de establecer la libertad de la prensa. Los realistas, que por motivos respetables temían el uso de esta libertad, ¿se habrán convencido ya de que su temor carecía de fundamento? No nos hemos cansado de decirles que la censura no es mas que la licencia para una opinión y la esclavitud para la contraria; y que al paso que da medios de ataque no concede los de la defensa. ¿Habran comprendido ya la verdad de este aserto? ¿Los periódicos revolucionarios son mas violentos, mas malos, mas impíos, mas antimonárquicos que en tiempo de la censura? no ciertamente. Por el contrario, su tono es mas moderado, y al mismo tiempo ¡qué nuevo impulso no vemos tomar á los realistas!

Notad cómo los ministros se han visto en el acto reducidos á sus propias fuerzas, y cómo han comprendido sin pérdida de tiempo la medida de su poder. No les quedan ya mas que dos periódicos, el *Moniteur* y el *Journal de Paris*: todo el resto de la prensa está contra ellos, pues los diarios que les son ríen cuando hacen el elogio de la convención, ó los

que los miran cuando descargan algún golpe contra los regicidas, son enemigos suyos tanto y mas que nuestras hojas realistas.

Es evidente que el *Conservador*, en medio de la independencia de los periódicos, ha cambiado de posición. Deja de ser soldado; pero sin erigirse en jefe, no duda que la opinión realista le concede la atención que ha merecido por su lealtad en los momentos críticos: tiene además derecho á esa atención por la posición mas independiente de los hombres que lo han establecido y que van á sostenerlo. Esos hombres han aceptado el honor de la enemistad que tan gratuita y liberalmente les han concedido los ministros, y están fuera del alcance de la seducción y de todo temor. Seguirá por consiguiente el *Conservador* vigilando la buena dirección de las opiniones realistas á fin de que no se desencaminen en el momento de su triunfo, así como supieron inspirarles aliento durante sus contratiempos.

Hasta el presente los periódicos realistas marchan en una excelente dirección, mostrándose tan amigos del rey como de la Carta. La Europa va por último á ver en qué partido están los verdaderos constitucionales, los que sinceramente quieren la monarquía sin opresión y la libertad sin licencia.

El *Diario de los debates*, comprimido hasta el presente por la censura, ha vuelto á proclamar las buenas doctrinas y su superioridad; la *Cuotidiana*, que tan valerosamente luchó contra esa misma censura, redobla su celo y sus talentos; la *Gaceta de Francia*, adoptando sinceramente el realismo se distingue últimamente por artículos tan bien pensados como escritos; el bizarro y brillante *Bandera Blanca* continúa batiéndose con los puestos avanzados; la *Biblioteca realista* contesta victoriosamente á la *Biblioteca histórica*, y guarda el *Tesoro* de las cartas revolucionarias. Esperamos que la *Biblioteca religiosa*, el *Óráculo francés* y el *Penacho blanco* se sostendrán en París, y que la *Colmena de Aquitania* en Burdeos, el *Provincial* en Nîmes, el *Amigo del rey* en Tolosa, y otros varios, seguirán sosteniendo la buena opinión en las provincias. Por lo demás, si la fianza ha hecho desaparecer algunos periódicos realistas, también es indudable que nos ha librado de algunos otros revolucionarios. Por lo que toca á los diarios ministeriales, como que no son mas que dos, no será difícil sostenerlos á quien tenga por conveniente hacerlos; pero es seguro que no alcanzarán mas favor que el que las victorias ministeriales puedan darles.

París 1.º junio 1819.

Un hecho queda invenciblemente demostrado por los debates que acaban de tener lugar en la cámara de los diputados, y es que el ministerio actual es el mas débil de cuantos han aparecido despues de la restauración. Hombres de Estado que se han resuelto á seguir un sistema, por funesto que sea, pueden sostenerse si tienen talento; es cierto que contribuyen á la perdición del país, pero sin labrar su propia ruina. Conservaran en medio de las calamidades públicas la reputación de hombres peligrosos, pero sin embargo hábiles; mas si á ese carácter se añade el de una reconocida incapacidad, la sentencia está irrevocablemente pronunciada.

¿Qué vienen á ser esos hombres que tan pronto rechazan de nuestras leyes el nombre de religión, tan pronto hacen el elogio de la convención, de execrable memoria, y luego maldicen á los regicidas; hablan del asesinato del justo coronado; hacen cantar la palinodia á los periódicos ministeriales por lo mismo que ellos han dicho, y concluyen por llamar á esos mismos regicidas á quienes habían condenado para siempre; haciendo todo eso en el espacio de algunos dias?

¿A quién piensan contestar por medio de una tan de-

plorable variación? ¿Creen que la revolución les podrá perdonar en ningún tiempo su famoso *siempre*? En vano harian volver al último de los ex-conconvencionales; en vano sacrificarían al último de los realistas; la expiación nunca sería suficiente. Si los ministros tratan de buscar apoyo en el partido revolucionario, nunca lo conseguirán. Por otra parte rechazan la asistencia de los realistas: la inconsecuencia y la debilidad no pueden llegar á mayor extremo.

El mundo civilizado ha visto, con la satisfacción que la justicia inspira en todas ocasiones, el destierro de los regicidas recalcitrantes. Por otra parte, la pena era poco proporcionada á la ofensa. Ir á vivir en los países vecinos, llevando consigo su fortuna, no es tan gran castigo, cuando es tan enorme el crimen que se ha cometido. Cuando la lealtad ha estado pereciendo veinte años en tierra extranjera; cuando ni el mismo rey se ha librado de los pesares de la emigración, ¿cómo puede concederse á los regicidas una commiseración que no excitó el descendiente de San Luis con la doble magestad de la inocencia y la desgracia? Esos hombres que emitieron un voto horrible; esos hombres que en el momento del proceso de Luis XVI pronunciaron discursos que hacen horrorizar, ¿no son por ventura los primeros que durante los Cien Dias firmaron el acta adicional, y por consiguiente firmaron el destierro perpétuo de Luis XVIII, así como antes decretaron la muerte de Luis XVI? ¿No han jurado fé y homenaje al usurpador que volvió á poner en acción las leyes contra los emigrados, leyes en virtud de las cuales habria podido volverse á derramar la sangre de nuestro rey y de nuestros príncipes, y arrastrar á *Madame* al cadalso de su padre y su madre? Cuando en Francia no habrá ni un solo hombre de bien que sea desgraciado; cuando haya una certeza de que ningún vandeano herido antes ó despues de los Cien Dias, carece de las cosas esencialmente necesarias á la vida; cuando ningún soldado del ejército de Condé alargue la mano como Belisario, entonces se podrán aplicar á los regicidas recalcitrantes las sobras de la caridad nacional. Mas en tanto que no se hayan enjugado las lágrimas del último realista, la piedad hacia los hombres que asesinaron á Luis XVI y proscibieron á Luis XVIII, no será mas que un ultraje al infortunio, un insulto á la virtud. ¿Qué se conseguiría hoy con levantar el destierro á los antiguos regicidas, cuyo seno ha vuelto á reanimarse con la traición de los Cien Dias? Declarar implícitamente á la Europa que el juzgar á un monarca es una acción como cualquiera otra, indiferente en sí misma, y susceptible de interpretaciones diversas; por esa misma razón, se reconocería el principio de la soberanía del pueblo, y se prepararía la caída de los reyes.

Separaremos la vista de tan aflictivo espectáculo, fijándola en otra escena mas consoladora: contemplemos á los realistas. ¿Qué hermosa es su posición! Espectadores de esas luchas, de las cuales son tan afortunadamente extranjeros, ven cómo sus enemigos se disputan, se acriminan, se reúnen, se dispersan y se vuelven á reunir, para no llegar por último á entenderse. En tanto que todo se conmueve, los realistas, inalterables en sus principios, fieles á Dios, leales al rey, prosiguen tranquilamente su noble carrera. El presente tiene que concederles irremisiblemente su aprecio, y el porvenir no les puede rehusar alguna gloria. Si algunos de entre ellos no tienen por ahora mas campo de auxilio que su conciencia, es seguro que ya ninguna revolución se lo podrá quitar. Por último amanecieran para ellos dias serenos, y su constancia será coronada. Su opinión va haciendo conquistas por todas partes y ya se va comprendiendo que el verdadero talento no puede asociarse sino con la probidad. De aquí á poco nadie buscará los salvadores de Francia entre los impuros restos de la convención, ni entre los antiguos agentes de policía; ni en oposición

de los hombres virtuosos y liberales figuraran los prófugos de nuestros crímenes y nuestras esclavitudes.

París 15 junio 1819.

«Ya lo cambiaremos,» decían viendo los diputados al salir de la sesión del 9 de junio. ¿A quién se referían esas palabras? Al ministro de Hacienda, que con una candidez digna de otros tiempos mejores, al tratar de una proposición régia, había exclamado: *Nosotros la cambiaremos*. Y por consiguiente como es mas constitucional cambiar un ministro que una proposición régia, los diputados se contentaban con hacer una ligera corrección á la frase. Hay sin embargo, que advertir una cosa en favor del ministro de Hacienda, y es que estuvo en Gante juntamente con el conde Benignot. Es cierto que ni el uno, ni el otro estaban como voluntarios realistas, sino como médicos que habían venido á hacer la autopsia del cadáver y á examinar las entrañas de esa pobre monarquía que había muerto entre sus manos. Esperemos, puesto que la monarquía resucitada ha vuelto á confiarse nuevamente al talento de tan hábiles profesores. Por eso, si el uno presenta con energía su presupuesto, el otro lo apoya con singular destreza. Todo marcha.

Hasta ahora los debates financiereros habían demostrado que el aumento de ingresos se elevaba á 45.000.000; las economías hechas por la cámara de los Diputados en los diversos ministerios, ascienden á la suma de 20.421.000 francos. Podría, pues, disminuirse la contribución con la suma de 65.424.000 francos. El supuesto déficit de 56.000.000 no existe. El ministerio no parece dispuesto á consentir mas que una reducción de 17.000.000. El consentimiento llega algo tarde, y la reducción está lejos de la suma á que hay derecho de aspirar. Por lo menos el ministro habría debido ceder graciosamente, y no disputar con encarnizamiento, no solo los millones, pero hasta el maravedí, el óbolo que quería dejar en el bolsillo del contribuyente. En lo sucesivo queda perdida para los ministros la popularidad de la reducción, y reservada absolutamente en favor de los diputados. Pero los ministros sabrán vengarse de la opinión pública: destituirán á M. Bricogne y á otros varios realistas empleados del ramo, que tendrán que perecer en represalias del presupuesto... Preciso es que se haga justicia.

Al ver á los ministros ocupando su banco en la cámara de los Diputados, no puede uno abstenerse de cierta especie de ternura. Nos privamos de ese espectáculo, porque conociendo nuestra propensión á ponernos al lado de las víctimas, tememos vernos arrastrados con demasiada violencia hacia los errores ministeriales. Preciso es confesar que nadie ha podido ser mas batido que el ministerio. Las notabilidades de todas las opiniones, se han reunido para abrumarlo.

El conde de La Bourdonnaye atacó el presupuesto del ministerio de la Guerra: su discurso causó profunda impresión; la fuerza causa siempre alarma á la debilidad. No se detuvo M. de La Bourdonnaye por algunas habladurías; esta firmeza le ha merecido el aprecio público: puede afirmarse que ha ganado en el negocio. Con motivo de los discursos del honorable diputado, se ha hablado de *notas secretas*, de la *tutela de los aliados*, y se hapasado por lo alto la nota secreta de M. Bignon, la nota secreta de la *Correspondencia privada*, y los certificados de buena vida y costumbres que los embajadores extranjeros daban en sus notas diplomáticas á nuestros representantes que se envaneían con ese título de la aprobación europea. Si la *Correspondencia privada* grita hoy contra ciertos embajadores, bien podría decirse que recuerde aquellos tiempos en que hablaba con júbilo del buen recibimiento que esos mismos embajadores habían hecho á ciertas proposiciones de ley y á ciertos personajes ministeriales. No conviene que se remonten hoy á tal

altura los que vienen de tan baja posición. Jamás se ha visto que los realistas hagan la corte á los enviados de las potencias aliadas, y nuestros ministros nos han dado con frecuencia ese espectáculo. En la tribuna los realistas han clamado enérgicamente contra toda amenaza de la opinión diplomática. ¿Y cuántas veces nuestros nobles gobernantes no han usado de ella! Todo el que no quiera la independencia de la patria, es indigno del nombre de realista. Expresé sin rodeos: ¿Se halla amenazada la Francia? Mañana, si fuese preciso, toda la oposición votaría 600.000.000 y seiscientos mil soldados; toda la Vandée ofrecería sus brazos y sus armas; pero eso no es decir que sea conveniente expulsar del ejército los militares conocidos por su afecto al trono, ni que sea justo, ni político preferir el oficial de Waterloo al oficial vandeano. Servios del primero, pero no excluyais al segundo; no trateis á la lealtad como podríais tratar á la cobardía: en un pueblo tan amante de las armas como el francés, la legitimidad estaría en peligro si la lealtad pudiera cerrar el paso á la gloria.

Pregúntase cómo podrá el ministerio salir de la crisis en que se encuentra: es cosa divertida ver cómo se atribuye las mejoras conseguidas en la opinión; si no fuera candidez podría pasar por un rasgo de ingenio.

¿Qué hará? ¿qué imaginará de nuevo? ¿De qué nueva orden nos vemos amenazados? ¿Conservaran la actual cámara de Diputados, como se dice que tienen ganas de hacerlo? Mas les valdría infringir toda la Carta; pero en esa cámara tampoco están seguros de la mayoría. Sin embargo, el tiempo urge; la legislación toca á su término, y las elecciones se aproximan.

Otra cuestión: si los ministros se retiran, ¿quién ocupará su puesto? Tal vez el pequeño ministerio: es probable que nos tendremos que resignar á sufrir toda esa gavilla de estudiantes que quieren ser tenidos por maestros. Hemos ya visto pasar tantas notabilidades: aun nos faltan otras por ver. Con nuestros pequeños grandes hombres, sucederá como con nuestros pequeños grandes libros: se dirá que son esenciales á la prosperidad de la Francia; que nada puede hacerse sin ellos: y una vez instalados en su puesto, á nadie contentaran y tal vez entonces habrá que echar mano á hombres de talento para dar al traste con aquellos.

Sin embargo, aun hay otra esperanza: la *Correspondencia privada* nos indica el camino que deberíamos tomar para ser felices; nos invita á crear un primer ministro, alrededor del cual, los otros cinco ó seis vendrían á agruparse.

Los independientes temen que los realistas lleguen al poder. Un hombre de mucho talento é imaginación, acaba de probar doctamente que los realistas son unos pobres diablos que nunca han sabido aprovecharse de las circunstancias. En 1814, según dice, lo echaron todo á perder por su orgullo, en 1815 se enagenaron todas las simpatías por su poder, y en 1816 exasperaron los ánimos por su rabia: en una palabra, los realistas no son buenos para cosa alguna. Veamos.

En primer lugar: los realistas no han tenido ocasión de demostrar lo que habrían sido como gobernantes durante el curso de la revolución, puesto que los que consiguieron librarse de la muerte estaban consumiéndose en los calabozos ó en la emigración. *Caigan el abate perfumado y el caruchino fetido*, decía con elocuencia un independiente, *bajo el filo de la cuchilla nacional*. En tanto que este patriótico deseo se estaba verificando, era difícil que los realistas demostrasen su capacidad administrativa.

En segundo lugar: desde la restauración, la mayoría del gobierno ha sido contraria á los realistas. Sus principios, deber, honor y afecto, no les permiten intentar cosa alguna contra el gobierno del rey; pues en tal caso no serían realistas. No ha podido por consiguiente saberse si tienen ó no capacidad para el gobierno.

Hé aquí un singular resultado; hace ya veinticinco años que los realistas se ven despojados, proscriptos, asesinados, y á pesar de eso siempre subsisten. Hoy, despues de tantas calamidades, expulsados de todos los empleos, calumniados por los ministros y los revolucionarios, oprimidos por una opinion que se ha acostumbrado por espacio de cuatro años á no tener rival, aparecen mas numerosos, mas compactos y mas alentados que nunca. Es preciso, pues, que esos hombres acusados de débiles y de medianías, tengan una cierta fuerza de carácter, cierta elevacion de alma, cierta energía de principios y de talento para haber resistido á pruebas tan largas, tan multiplicadas y tan diversas.

¿Qué sería preciso hacer para anonadar á los independientes con toda su capacidad? Bastaría olvidarlos por espacio de quince dias.

El ataque dirigido esta vez por los independientes contra los realistas, es torpe y mal dirigido; pues precisamente lo que marca de un modo terminante el carácter de aquellos, es su evidente impotencia de conservar el poder. Hace treinta años que luchan en vano por conservar esa libertad que tanto proclaman. ¿Por qué no siguieron siendo dueños de la situacion en 1789? ¿Qué fue de ellos en 1793 en tiempo de Murat, ó en 1795 bajo el Directorio? Bonaparte entregó un gran número de ellos á la policía, que segun creemos, no es buena escuela para los que desean profesar los principios de Junio Bruto. Algunos de los que hoy dan tales gritos al hablar de la Carta, han pertenecido al círculo de servidores del tirano, y han estado con el oído á la campanilla para acudir prontos á su primera señal: todo eso lo hacian para ser mas libres, y para atestiguar mejor los derechos del hombre. No diremos que entre los independientes no haya hombres de valor; pero el hecho es que en su partido no hay ni un orador, ni un hombre de Estado, ni un hombre de cabeza. Si subiesen al poder, lo volverian á perder como siempre lo han hecho; fraguarían nuevas revoluciones sin obtener esa libertad que pretenden buscar, porque son incapaces de ella por su carácter, por sus costumbres, y principalmente por sus doctrinas opuestas á todo sistema de orden y á toda forma de gobierno. Los volveríamos á ver, cómo vociferando independencia, se imponían ó mas bien dicho, se elegían un nuevo tirano. ¿Quién sería este? Dios lo sabe. En los estados generales de la *Sátira Menipea*, el doctor Rosa da su voto para la eleccion de soberano, á *Guillot Fagotin*, mayordomo de fábrica de Gentilly, y el cardenal de Pellevé vota en favor del marques des *Chaussons*. Esas dos regias dinastías siguen tales existiendo todavía entre los independientes.

Si nosotros, realistas, llegamos á encumbrarnos al poder, no llevaremos á cabo tan altos proyectos, pues nuestra eleccion está ya enteramente hecha: diremos á los independientes con Aubray, diputado del tercer Estado en la misma sátira: «Somos franceses: vamos con los franceses á exponer nuestra vida y lo que nos queda de nuestro patrimonio en defensa de nuestro rey, de nuestro buen rey, de nuestro verdadero rey.»

En ese famoso número de la *Correspondencia privada*, que tanto ha alarmado á los independientes, y que nuestros diarios realistas han dado á conocer: en ese número en que las minorías de la derecha y de la izquierda son tan groseramente tratadas, se habla tambien de un *experimento reciente*, «que demuestra no tener nada de comun los pequeños triunfos de tribuna con la ciencia del gabinete y los talentos de la administración.» Entiéndase perfectamente á lo que aluden esas palabras. Trátase de un hombre, á quien el ministerio no tuvo honores bastantes que conceder, y ¡qué elogios no ha recibido ese mismo hombre de la *Correspondencia privada*! Cuando ese hombre honrado entró en el ministerio, lo conocíamos mejor y habíamos trabajado en algun tiempo para darle una po-

sicion mas que los que entonces lo colocaban. Lo combatimos cuando le vimos entrar en el mal camino, sin desconocer por eso su talento, sin cesar de amarlo, ni de apreciar su persona. ¿Cómo pudo ese hombre llegar á creer que los bonapartistas y los revolucionarios, que aparentaban balagarlo, le perdonarian en ningun tiempo su entereza respecto de Bonaparte, y la noble conducta que observó durante los cien dias? Hoy conoce el caso que se debe hacer de la amistad de tales hombres. ¡Consuélese! La *Correspondencia privada* tiene interés en calumniarlo, pero no tiene autoridad para deshonrar á nadie: es digno de notarse que ninguna cosa vil tiene poder de envilecer, y que solo el honor puede imponer deshonra.

En esa *Correspondencia* se atreven, se atreven decimos, á hablar de sentimientos franceses; se atreven á acusar á los realistas de solicitar la opinion extranjera; cuando esa *Correspondencia* traduce ante el tribunal de Inglaterra nuestras disputas domésticas, y toma por juez de sus infamaciones al público de Londres! ¿No es la *Correspondencia privada* la primera que anuncia imaginarias revoluciones? ¿No es la que desde la real orden de 5 de setiembre no ha cesado de insultar á la desgracia y la virtud? ¿Qué respetable nombre ha podido librarse de que la *Correspondencia* trate de mancillarlo? Sus dardos han intentado elevarse á una altura que no les ha sido posible llegar.

Apenas se ha combatido uno de sus ultrajes, cuando ya hay que ponerse en guardia contra otros nuevos. Hé aquí uno de los últimos números de ese periódico, repite y agrava todas las calumnias que se han renovado con motivo del discurso de M. de La Bourdonnaye. La *Correspondencia* añade á sus invectivas tales absurdos, que los lacayos de París se avergonzarían de repetir ni aun en las antecámaras de la policía. Pretende explicar el secreto de M. Bignon, y no explica nada, ó mas bien dicho mal, el miedo que le inspira ese secreto. Invita al señor ministro de Hacienda á no abandonarse á sí mismo. En vista de esto, no podemos menos de lamentar al baron Luis; su sentencia está pronunciada. Si se ha de creer á la *Correspondencia*, «los realistas no han desplegado nunca mayor audacia, es decir, nunca la han tenido mayor.» «La casa del señor de Chateaubriand, debe ser el cuartel general de los realistas; el conde de Bruges debe haber depositado las fianzas del *Conservador*.» Los fondos necesarios para las fianzas de este periódico, han salido de la caja de M. Le Normant, editor de dicha publicacion, sobre una parte del producto del trimestre actual de las suscripciones del *Conservador*: es sensible confesarlo, pero es cierto.

M. de Chateaubriand ha dicho que el público consideraba la *Correspondencia privada del Times* como escrita bajo la direccion particular de un ministro. Un periódico ministerial ha creído contestar, dando á entender que si se tenía á bien, podía creerse que M. de Chateaubriand entraba por algo en la redaccion de la *Correspondencia del New-Times*. ¡Pues bien! M. de Chateaubriand declara que NI ÉL, NI SUS AMIGOS ENTRAN POR NADA EN ESA CORRESPONDENCIA SEA LA QUE SEA.

Hace mucho tiempo que M. de Chateaubriand está padeciendo por la causa realista. Considerándose muy dichoso de poderla haber servido útilmente, todo lo puede soportar por ella menos la idea de ser acusado de traicion hácia el soberano á quien acaba de seguir por segunda vez á su destierro. No solo ha sostenido la *Correspondencia privada* esa odiosa mentira, pero convirtiéndose en juez de una sumaria criminal (sin duda por orden competente ó *sin ella*), se ha atrevido á sujetar el nombre de M. de Chateaubriand á ultrajantes interrogatorios. Por consiguiente, los ministros han hecho con plena voluntad (algunos en señal de gratitud de importantes servicios), la guerra, guerra cruel á M. de Chateaubriand: este no ha

rehusado el combate; pero no se ha ocultado en *correspondencias privadas*; la ha hecho á la faz del sol, y jamás ha calumniado á nadie. TAL ES SU DECLARACION FORMAL.

Si la *Correspondencia privada del Times*, no está redactada por un hombre que ocupa un alto puesto en Francia, no puede ser considerada mas que como un miserable libelo, que carece de autoridad en Europa, y por consiguiente no puede dañar á nadie; si por el contrario es obra de alguno que está en el poder, importa mucho que sea conocido este personaje.

El periódico ministerial dice hoy «que es posible que el *corresponsal* pertenezca al ministerio; pero que eso es el secreto de los dioses.» ¿De qué dioses? El número de estos llega á treinta y siete mil, y los hay de singulares especies. El secreto de los dioses ¿será acaso el de la comedia?

Repitámoslo otra vez: cualquiera que tenga la desgracia de que le supongan autor de semejante *Correspondencia*, debe por su propia delicadeza darse prisa á desmentir tales rumores, que indudablemente le favorecen muy poco.

Mientras no tomen esa franca determinacion perseguiremos sin tregua á los autores incógnitos de la *Correspondencia privada del Times*. Haremos que el público esté prevenido contra esa máquina de calumnias. Apresurémonos á advertirle que esa misma *Correspondencia* existe tambien en Alemania. Se la encuentra en los periódicos de Weimar y de Augsburgo; un sugeto de importancia de Estrasburgo la remite á Kehl por medio de un correo.

Calumniadores anónimos, pagadores ó pagados, la prensa goza hoy de libertad en Francia, ¿por qué no imprimis en los periódicos de la capital lo que publicais en las gacetas de Alemania ó Inglaterra? Haced ver que en algo, por lo menos, sois franceses; haced que vuestras mentiras queden encerradas en vuestra patria. Tened el valor de decir quién sois; un poco de vergüenza se pasa en breve tiempo. Poned vuestra nombre al pié de vuestros artículos y no será mas que otro nuevo nombre despreciable.

Paris 29 junio 1819

Si el ministerio no sabría atraerse á un mismo tiempo mayor número de enemigos ni aislarse mas de los hombres y las opiniones, tampoco recoge el fruto del bien, ni el fruto del mal que puede hacer. Llega un momento en que las perpétuas contradicciones y los movimientos de balanza demasiado repetidos no dan ya impulso á las cosas; llega un tiempo en que las intrigas secretas y las concesiones misteriosas pierden su poder. ¿Qué se hace entonces? Entonces se imaginan extraños recursos, se dan á ciegas golpes de Estado. Lo que pasó en la sesion del 19 acelerará tal vez la explosion de una de esas medidas violentas, que en general son tan funestas á los gobiernos. En efecto, hace algunos dias que estan circulando rumores de este género por el público: se habla de una comunicacion pasada á las cámaras, cuyo objeto sería hacer votar á continuacion del presupuesto de este año el del año que viene doblando la quinta parte de los diputados entrantes; verificadas estas dos cosas habria disolucion de la cámara de los diputados y elecciones generales.

¿Cuándo estaremos del todo tranquilos? ¿Cuándo haremos mañana lo mismo que hemos hecho hoy? ¿Cuándo dejaran los ministros de fatigar á un pueblo que no apetece mas que reposo? ¡Cómo!... ¡Siempre hemos de andar en cambios y ensayos! En 13 de julio de 1815 se habrá aumentado el número de los diputados y cambiado las circunstancias de edad (cosa muy conforme con la razon y los principios de una verdadera libertad) y se habria propuesto la revision de algunos artículos de la Carta; en 5 de setiembre de 1816 se habria vuelto á entrar en el terreno de la

Carta protestando que nunca mas se volvería á salir de él, y ¡ahora hay que volver nuevamente á lo que se propuso en 13 de julio, olvidando lo dispuesto en 5 de setiembre y los grandes discursos y magnificas cosas que se han dicho en favor de esta determinacion!

Es preciso investigar la razon de esas deplorables variaciones: por una parte consisten en el empeño de los ministros de permanecer á toda costa en su puesto, y por otra en el temor que causan á esos mismos ministros las instituciones que han creado ó defendido; instituciones con las cuales acaban de amenazarles, si así puede decirse, en el seno mismo de la cámara popular. Se alaba la ley electoral para hacerse un partido; pero lo cierto es que esa ley causa miedo. En el deseo de conservar cinco años la cámara actual de diputados entró por tanto el temor de las nuevas elecciones como el afán de perpetuarse en el poder. Por lo demás jamás habrá completa seguridad para la nacion mientras que no se modifique la ley electoral; tarde ó temprano tendrá que modificarse ó volveremos nuevamente á la revolucion.

Pero el proyecto de duplicar la quinta parte del número de diputados parece hallarse en contradiccion con lo que estamos afirmando. ¿No veis que ese proyecto, si es que existe, no sería mas que una de esas incoherencias que resultan de la falta de reflexion del ministerio y de los complicados asuntos en que se mete, por aficion ó debilidad? Si, ese ministerio quiere por un lado librarse de la ley electoral conservando la cámara actual de diputados (aunque en ella no tiene mayoría), y por otro se ve apremiado á obrar así por el decreto de 5 de marzo, que dando sesenta nuevos miembros á la cámara de los Pares, hace necesario el aumento de la cámara de los Diputados para sostener el equilibrio. Ocupándose constantemente de los pequeños intereses del dia, consideraria como punto capital que se votara en el acto un segundo presupuesto, á fin de poder estar libre durante quince ó diez y seis meses y ganar de este modo lo que ha perdido por la desaprobacion del año financiero.

Mas ¿cómo la idea de aumentar el número de diputados y por consiguiente de la disolucion de la cámara se aviene con el temor de una eleccion democrática? Preguntádselo á los que siempre estan pensando en tantas cosas contradictorias. ¿Sabemos nosotros si esos proyectos seran realizados, ó si á estas horas han cambiado ya de proyecto? ¡Muy hábil debería ser quien calculara desde hoy lo que mañana podran engendrar la ligereza y la ineptitud!

Los recursos mentales de los ministros son nulos; su sistema es insensato: no les ha de ser posible librarse de ese duplicado motivo de ruina. Dícese que estan desconsolados por la libertad de la prensa; y hay que tener presente que no tenían temor alguno cuando solo á la democracia le era permitido hablar. Atacar la religion, conmovir los principios de la monarquía, y calumniar los hombres monárquicos, nada importaba; pero hoy que la opinion realista se defiende, y se atreve á sostener el trono y el altar, ¡hoy se alarma el ministerio! Tambien se alarmó en otro tiempo el directorio cuando la prensa adquirió libertad: los mas ardientes republicanos pidieron que se le pusieran trabas; es por cierto una cosa digna de notarse, que nosotros habiamos previsto y que nadie habia querido creer el que siempre que la prensa ha quedado enteramente libre, la opinion realista ha triunfado. El realismo es una planta indigena de la Francia: sus raices se hallan tan profundizadas en nuestra religion y en nuestras costumbres, que no es posible extirparlas; hace ya treinta años que sin cesar se estan arrancando sus tallos, y cada vez brotan mas vigorosos; al momento que se da algun cultivo á esa planta, puede decirse que cubre todo el suelo.

Escuchad á esos famosos constitucionales que acusan á los realistas de no querer nada que sea liberal;